

vadas, qué sentimientos tan nobles no despiertan...! Los paganos, antes de entrar en sus templos, se consideraban á sí propios y componíanse interior y exteriormente, al estilo de las exigencias de su falsa moral. Al efecto, un sacerdote gentil colocábase con gravedad en el umbral de la puerta de sus *adoratorios* y decía á los que iban entrando: «Pensad bien lo que vais á ejecutar.» Los hijos del desierto, antes de ingresar en sus lujosas mezquitas, se lavan las extremidades del cuerpo para demostrar que deben entrar en aquéllas con gran limpieza de espíritu, y dentro de las mismas permanecen con extraordinario recogimiento. Y si estas públicas demostraciones de veneración y obsequio tributan los infieles á sus lugares de oración, ¿cuáles no han de ser las del pueblo católico á quien le consta por la Fe, que en sus casas dedicadas al Culto habita el verdadero Santo de los santos, Jesucristo Señor Nuestro?

10. Ha sido en todo tiempo expresa voluntad del Altísimo que los lugares á los que por algún motivo ó circunstancia particular estuvo presente la Divinidad, hecha sensible por medio de bellos resplandores, ó por medio de un espíritu angélico, etc., se les tuviera constantemente veneración sin límites. Está apacentando Moisés el rebaño de su suegro Jetró, y se le aparece el Señor en medio de luciente zarza, que arde y no se consume; pretende el futuro caudillo de Israel acercarse para ver el portento, mas una voz misteriosa, que sale de la inextinguible hoguera, le dice:—Detente, no pases adelante; descálzate, porque el lugar que pisas es santo.—Moisés, que oye despavorido la intimación del Altísimo, pegó su rostro con la tierra y no osó levantar por muchas horas sus ojos (1). Fija el Señor su bella majestad en el Arca de incorruptible cedro, figura preciosa de la Eucaristía, y exige que ese Arca de la Alianza con el pueblo judío sea en gran manera respetada y venerada. Por donde pasa, siembra el Excelso multiplicados prodigios; y así como bendice á Israel en las tiendas y en el Sina (2), y á Abi-

(1) Exod., III.
(2) Núm., IX,

nadab (1) y Obededom (2) en sus casas por haberla profundamente venerado, también sabe castigar terriblemente á los azocios (3), enviándoles mil plagas por haberla colocado junto al ídolo Dagón el cual es hecho añicos en su presencia, como asimismo sabe herir de muerte á cincuenta mil betsamitas (4), porque la han mirado con poco respeto, y á Oza (5) que ha puesto sobre ella temerariamente sus manos. Es erigido el tabernáculo y el templo, y para su conservación, organización y culto dicta severas órdenes que es indispensable cumplir estrictamente, bajo pena de caer en desgracia de un Dios, que lo pesa todo con la balanza delicada de su justicia eterna. Él favorece en el templo, pero exige á cambio de sus hijos respeto, veneración y santidad grandes. Los que profanaren el templo, dando especialmente culto á otro ser ú objeto que al verdadero Dios, serán arrancados de este mundo, y la misma casa de oración será entregada á gentes perversas para que sirva de fábula y ejemplo al mundo (6). Pero bien; todo este respeto profundo que el Señor quiere se tenga á los lugares en alguna manera habitados por Él, ¿podrá parangonarse con el que debemos tributar á los lugares dedicados al culto católico, donde el Hijo de Dios ha fijado su residencia de una manera real y estable?

11. N. S. Jesucristo nos aconseja é íntima, que guardemos á los templos católicos veneración profunda. El carácter dulce y compasivo del Salvador truécase totalmente en áspero y terrible cuando se trata del honor debido al templo sagrado. Mirad con qué benignidad recibe á los pecadores, cuánta afabilidad muestra á los publicanos, qué compasión á las turbas. Una ofensa inferida á sí propio no le indigna tanto como la inferida á la Casa de su Padre. Entra en su misma patria y sus paisanos se niegan á reci-

(1) I Reg., VII, 1.
(2) II Reg., VI, 12.
(3) I Reg., V.
(4) Id. VI, 19.
(5) II Reg., VI, 7.
(6) II Paralip., VII.

birle como tal. Jesucristo sobrelleva la gravísima injuria con gran mansedumbre, y aun reprende ásperamente á dos de sus discípulos que, llevados de falso ardor, pretenden que baje fuego del cielo para que consuma á los ingratos paisanos. Pero advierte un desacato cometido en el lugar de la oración, y, poseído de santo celo, corrige y castiga duramente á los profanadores. Admira sobremanera, en efecto, que la primera y última acción pública que llevó á cabo el Salvador, fuese la de sostener inflexiblemente en el templo los divinos derechos. Entra cierto día en la casa de su Padre y contempla con amarga pena que es profanada con viles negociaciones; en ella se vendían ovejas, bueyes y palomas. Llevado Jesús de energías santa, compone con varias cuerdas duro látigo, y arrojándose con ímpetu sobre los negociantes, háceles salir del templo, al propio tiempo que, derribando las mesas del sacrílego tráfico y desparramando por el suelo las monedas, decía: «Echad todo esto de aquí; no hagáis de mi casa lugar de contratación (1). Era lunes de la Semana Mayor y penetra el Salvador en el templo; observa que el lugar de la oración es objeto de vergonzoso tráfico, y, practicando las mismas diligencias que la vez anterior, arroja del templo á los profanadores, diciéndoles: «Escrito está: Mi casa es casa de oración y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones (2).» Los sacerdotes israelitas, afirma S. Jerónimo, vendían en el templo lo que el pueblo les entregaba gratis para sacrificarlo al Señor, cometiendo con este acto dos crímenes, á cual mayor, porque ponían en sacrílega venta las cosas dadas para el sacrificio divino, y profanaban además escandalosamente la Casa del Altísimo. Vuelvo á repetir que admira sobre toda ponderación el celo que desplegó el Salvador en ambas ocasiones, de tal manera, que sus discípulos, acostumbrados á observar en su celestial Maestro la virtud de la mansedumbre, se llenaron de saludable espanto al ver que vapulaba terriblemente á los cambistas y trastornaba con valor las mesas,

(1) Joan. II, 16.

(2) Luc. XIX, 46.

acordándose entonces de lo que el vate coronado escribió, refiriéndose á Jesús: «El celo de tu casa, oh Padre mío, me carcome las entrañas, y los descomedimientos de los que la pierden el respeto cargan sobre mí y me atormentan en extremo (1).»

12. La doctrina de la Iglesia ha sido siempre una misma, y, según ella, los cristianos de nuestros tiempos debieran seguir las huellas de sus predecesores. En aquella feliz época de los primeros siglos, ¿podrían permitirse los fieles las monstruosas libertades que muchos de los modernos se toman? Al entrar en las iglesias se postraban reverentemente en el suelo y no se levantaban de él hasta haber adorado al Salvador. S. Jerónimo llevaba la veneración hasta tal punto, que si por descuido se había irritado no podía permitirse el entrar por entonces en los templos. La madre de S. Gregorio Nacienceno no osaba escupir en el pavimento del templo; y soberanos hubo que andaban de rodillas por el piso bendito de la Casa de Dios. Casi todo el tiempo que los antiguos fieles permanecían en los lugares de oración estaban de rodillas ó de pie, pocas veces sentados, nunca dando la espalda al Santísimo. ¿Pero se portan así la mayor parte de los católicos contemporáneos? ¡Ay! ¡rubor causa el decirlo! Se asiste al templo con poca atención ó sin ella, casi siempre sentados, pocas veces de rodillas, imitando alguna vez á los hipócritas judíos cuando, doblando una sola rodilla ante el Divino Salvador, le decían con escarnio: *Ave Rex Judæorum*. Se entra en el templo y se sale de él, formando un garabato más bien que la señal de la santa Cruz; se curiosean, se habla, se ríe, se divierte. ¡Ah! Y para qué se va al templo? Alguna vez para dormir, para tratar un negocio, para satisfacer mentalmente pasiones vergonzosas, para afectar vanidad y orgullo; pocas veces para honrar al Señor. ¡Cuánto escándalo, Dios mío, cuánto escándalo! Considerad las abominaciones horribles que Israel come-

(1) LXVIII, 10.

te en el templo (1); ha manchado el tabernáculo de vuestro nombre (2).

13. ¿Hay cosa más indigna, exclama S. Ambrosio, que embarazar con el rumor en nuestras iglesias los oráculos divinos, que se turbe la administración de los Sacramentos con voces confusas, cuando los gentiles manifiestan con el silencio la reverencia á sus ídolos (3)? ¿Qué es esto, dice el Crisóstomo, silencio en las plazas y gritos en las iglesias? ¡qué atrevimiento, qué buen modo de aplacar á Dios (4)! Si en nuestros templos penetrara un gentil y observara el modo de conducirse los católicos, formularía, con razón, el siguiente argumento: Ó el Dios de los cristianos no está presente en los templos, ó los fieles entran en ellos para burlarse de su Dios. ¿No es, en efecto, solemne vergüenza que los paganos honren mejor á sus falsas divinidades que los cristianos á su Dios verdadero?

14. Al templo nos hemos de llegar con espíritu de penitencia y de fervor y con deseo de honrar al Eterno. Hemos de entrar con espíritu de penitencia, esto es: con propósito de arrepentirnos y enmendarnos de nuestras culpas, porque de lo contrario saldremos con las manchas que no tuvimos al entrar. Nos hemos de llegar con espíritu de fervor, anhelando obtener gracias del cielo, á fin de ser en lo sucesivo más perfectos. Hemos de penetrar con deseo de honrar á Dios, porque éste es el objeto primario para que se asiste al templo; de lo contrario, es preferible no haber visto jamás sus paredes.

15. Tantos pecados, tantos crímenes, tanta profanación no pueden en manera alguna quedar impunes. En la antigua Ley llovieron sobre el pueblo de Dios ejemplares castigos, efecto de las vergonzosas indecencias que los hijos de Helí perpetraron en el lugar santo: el Propiciatorio enmudeció; los profanadores murieron; á esto se siguió el horrible destroz de treinta mil soldados y la derrota de todo el ejér-

(1) Ezeq., VIII, 9.
 (2) Ps. LXXIII, 7.
 (3) Lib. III de Virg.
 (4) Hom. 24 in Act.

cito israelítico; el Arca santa cayó en manos de los filisteos; murió el Pontífice ahogado de dolor, y el altar de Jacob quedó sin sacerdote y sin sacrificio. El rey Baltasar, que tuvo la osadía de profanar los vasos sagrados en un convite mundano, fué privado de la vida; y Heliodoro, que los había sacrílegamente robado, fué vapulado tan fuertemente por los ángeles, que resultó medio exánime, siendo arrojado con ignominia del templo.

Pero, ¿creéis que estas formidables penas se ciñeron únicamente á los hebreos y á los gentiles? Creéis que porque el Dios de los ejércitos se haya mostrado á los cristianos como Dios de amor no sabe corregir ásperamente los ultrajes inferidos á su santa Casa? ¡Cuántas enfermedades no se han adquirido en el momento mismo de profanar el templo de Dios! ¡Cuántas muertes repentinas no han conseguido los sacrílegos irrespetuosos al Lugar de la oración!

16. Hablar en la iglesia sin causa es una falta escandalosa que injuria á Dios é impide la devoción á los asistentes. Felipe II advirtió que dos Grandes de España estaban hablando en el templo durante la Misa; concluída ésta, volviéndose á ellos y con su natural severidad les dice:—Vosotros dos no parezcáis más en mi presencia.—Fué esto lo suficiente para que uno de los magnates al cabo de pocos días muriese de pesadumbre, y que el otro no pudiese dar razón más de sí mismo. ¿Qué será, pues, cuando el Omnipotente nos pida cuenta estrechísima de nuestro comportamiento en el Templo y vea que lo hemos profanado? Infelices de nosotros si repitiese las palabras de aquel gran monarca español.

17. Acostumbrémonos á tratar la Casa de Dios convenientemente. Si el rubor saltaría á nuestras mejillas al persuadirnos que hemos jugado mal papel, presentándonos de malos modos, no digo en un palacio real, sino en cualquier domicilio decente, ¿no nos sonrojaremos de portarnos de esa misma manera en el templo del Señor? Guardemos á la Casa de Dios los honores que la corresponden; mas nuestro celo debe ir todavía más allá; procúrese ofrecer alguna pequeña limosna para el ornato del templo, porque da pena ver que

360 TRAT. V.-DISC.-XXVII.-PROPIEDADES Y EFECTOS
los lugares de diversión y hasta los aposentos más humildes se adornen con los atavíos modernos, y que la Casa del Señor, donde se realizan los tremendos misterios, donde se nos perdonan los extravíos, donde todos los fieles nos congregamos para elevar juntos nuestro espíritu al Excelso, esté des- arreglada y sin ornato alguno. Si no descuidamos los honores á la Casa de Dios, tampoco N. Señor descuidará los honores que Él desea hacer á nosotros en el día de las recompensas eternas.

EJEMPLO

Era en tiempo de los cantonales. Un grupo de hombres infames penetra osadamente en uno de los templos de Jerez de la Frontera, se encarama en los retablos, toma las sagradas imágenes y, en medio de risotadas sacrílegas é inmundas blasfemias, las arroja de sus tronos para conducir las á un patio vecino donde, puestas en informe pira, les pega fuego. El incendio era horroroso. Algunos, bien sea porque pesaba mucho, ó por un rastro ligero de fe, habían respetado la efigie de un Santo Cristo milagroso que allí se veneraba. Pero un desalmado corre hacia el altar de esta imagen, atropella sus objetos litúrgicos, y penetra en el camarín del Señor.—Anda, dice á la estatua sagrada, bastante tiempo has estado á la sombra; ahora es menester que vayas á pasar calor;— y blasfemando, é intentando juntamente arrojar de su trono á la Veneranda imagen, la da un terrible empujón; pero ¡justicia de Dios! el santo Cristo queda en su lugar, y el infeliz temerario baja rodando hasta el suelo, bañado en su propia sangre. Tenía roto el cráneo. Había muerto.

Sus impíos amigos huyen despavoridos unos, mientras que los demás, tocados de lo más íntimo del alma, se arrodillan temblando y sudosos ante la efigie del Crucificado, pidiendo á voces el perdón de sus grandes culpas. Habían escarmentado en cabeza de su desdichado compañero.

SECCIÓN III

III

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA
CONSIDERADA COMO VIÁTICO

XXVIII

La Divina Eucaristía es nuestro Viático en la peregrinación al Paraíso

Qui manducat hunc panem, vivet in æternum.
El que come de este Pan vivirá eternamente.
JOAN. VI, 59.

1. Cuando un individuo ha de pasar necesariamente á tierras extrañas donde, como es natural, se le presentarán mil peligros que vencer, y que sin duda alguna se le exigirá el testimonio de su persona, y origen, y profesión, le precisa un legítimo salvoconducto á fin de que en el viaje no sufra percance alguno. Pero bien: el hombre ha de pasar indispensablemente á las regiones de la eternidad, tierra extraña para él, si la considera muy diferente de la en que al presente habita; en sus puertas hallará los terribles peligros de una condenación eterna; una vez dentro, se le pedirá forzosamente el testimonio de su persona y de sus costumbres, y para superar innumerables dificultades le precisa poseer un documento perfectamente legalizado, un salvoconducto que le exente de los inminentes riesgos y le libre de los fatales inconvenientes.